

# Letras de América

Las «HUELLAS»  
de Alfonso Reyes

ENVIO

**A**HORA, querido Alfonso, que está usted en París hablando de Méjico, me propongo, libre de su influencia, evadido de nuestra amistad, decir algo de su libro último. Esa amistad de todos los días anudada desde que la vida le trajo a Madrid, me ha quitado muchas veces la pluma de la mano que se me iba hacia ella después de haber leído unas páginas suyas. Yo creo que no sabré escribir nada acerca de usted mientras le tenga a mi lado. ¿Tendré que afirmarle después de esto, que no me corre prisa escribir acerca de usted? Y no es que tema a su juicio. Yo sé, querido Alfonso, que usted es de los pocos a quienes se puede sinceramente elogiar, sin que, pesado el elogio, lo echen a mala parte.

Porque voy, decididamente, a elogiarle y tiene que ser a propósito de lo más inesperado, de un libro de versos.

EL VERDADERO  
ALFONSO REYES

CUANDO se pregunta en Madrid quién es Alfonso Reyes, los enterados dicen: Un erudito. Ha trabajado sobre los clásicos, editándolos, comentándolos. Desde su primer volumen, *Cuestiones estéticas*, supo hacerlo ver. También le han interesado los temas históricos. Es hombre de mucha lectura, formado en los libros, se ha especializado en Alarcón por patriotismo y en las cuestiones Gongorinas, por inclinación.

Sí; eso es Alfonso Reyes. Pero la *Visión de Anáhuac* y los *Cartones de Madrid*, *El suicida* y *El cazador* nos dan otro. El ensayo, en toda su variedad, aparece en estos libros rico de jugo personal, de experiencia viva. Y, de pronto, en *El plano oblicuo*, un salto de humor, nada brusco para quien le viniera leyendo, le lleva al borde de la pirueta.

¿Cuál es el verdadero Alfonso Reyes? Todos. El que lo dude, podrá convencerse ahora leyendo *Huellas*. (México, Andrés Botas e Hijo) (1).

EL VERSO REVELADOR

EN verso no se miente. Es más: en verso no se puede disfrazar la perso-

nalidad íntima. El dios que se apodera del ánimo cuando el poeta está en su labor creadora, es un dios intransigente con el menor disimulo.

Es también un dios tolerante. No le pide al poeta—como cierto público que empieza en la crítica usual—una actitud definida de una vez para siempre. Que hoy haga reír el que antes hizo llorar, claro que en el momento oportuno—pocos lo admiten. Al dios le interesa no más que, si se hace llorar, como si se hace reír, se haga llorar o reír de veras.

Las cifras que siguen al título de la portada de *Huellas*, 1906-1919, explicarían, si fuera necesario, la variedad de notas encerrada en esa colección. Cada composición es autónoma, dentro de ella. Todas juntas van marcando la evolución de un pensamiento, de un sentimiento, de una forma; van registrando, por sus huellas espirituales, el camino de un alma.

MEJICO Y ESPAÑA

HAY versos fechados en Méjico y versos fechados en Madrid. Entre los primeros, los más impersonales, los ensayos de iniciación, labrados a la sombra de una efigie tutelar. Si nos atreviéramos, junto a Rubén Darío, padrino de todo poeta contemporáneo, señalaríamos a Manuel José Othón, único poeta de Méjico cuya seria influencia se advierte en el nuestro (los sonetos de Chénier, los temas rústicos, en general).

Pero donde mejor se ve a Méjico, o donde nosotros lo vemos mejor, es en poesías de forma tal vez imitada de nuestro siglo de oro. Y en ninguna parte como en la *Glosa de mi tierra*; a la amapola:

Al pie de la alcaparrosa  
tiende el manto la alfombrilla;  
crecen la anacua sencilla  
y la cortesana rosa;  
donde no la mariposa  
tornasola el colibrí.  
Pero te prefiero a ti  
de quien la mano se aleja:  
vaso en que duerme la queja  
del valle donde nació.

Esto es español, sobre todo en sus líneas generales. Pero como en aquellos edificios de la colonia estudiados por Manuel Toussaint o por el marqués de San Francisco, la línea española, lo que vemos como propio y familiar se altera, dulcificándose, sobre todo en el ornato. Es menos severo, menos grave. Una suave profusión

decorativa le añade lirismo y le cambia el tono.

Los versos de Madrid apenas aluden, como, por otra parte, los de Méjico, a paisajes y cosas españolas. Son modos del ánimo. La invitación al ocio de una mañana de junio o la pasividad contemplativa de un San Isidro Labrador. Son una caricia un poco áspera sobre la punzada del recuerdo.

La verdadera parte de España está enlazada íntimamente al mejicanismo: en las predilecciones formales, con reminiscencias de nuestro pomposo siglo XVII, llamadas a adoptar más a gusto las modalidades nativas. La expresión geográfica Nueva España podría volverse expresión literaria para caracterizar, mejor que los versos de ningún otro poeta mejicano, los de Alfonso Reyes.

LA NOTA PERSONAL

A través de todo el libro, desde los motivos iniciales en que se advierte un eco de lecturas, o en los ensayos de versificación bárbara—sáficos o alcáicos, resonancias de exámetro en composiciones rimadas a la moderna—la nota personal se abre paso.

He aquí un poeta culto en quien la cultura no se vuelve cosa baldía. Un hombre capaz de enardecerse intelectualmente con una evocación de lo pasado y de gozar con sencillez, sin fingir gustos refinados,

(Yo me sé, en el fondo, que es por otra  
[cosa])

—dice, con paréntesis y todo—de una alegría inmotivada. Un hombre capaz de hablar con dignidad del propio sufrimiento, sin vana ostentación elegíaca. De llegar implacablemente al más vivo análisis, como en la prosa rítmica de *El Descastado*.

Ha tenido Alfonso Reyes la ocurrencia de imprimir como prosa esa poesía, de las más fuertes de su libro. Quizá pueda verse en ello una afectación, aunque, escrita como verso, alguien hubiera de ponerle reparo igual.

Pero no es prosa, sino verso. No sólo la parte irregularmente asonantada; también la otra, la libre, se quiebra, a la lectura, en fracciones que son sin duda versos. La libertad de *El Descastado*—y la de otros poemas *Tarde-Bruma*, *Charca de luz*, *Conflicto*—contrasta con la exactitud buscada en las rimas juveniles por otro camino.

Esta exactitud de la poesía más reciente es fidelidad a la propia emoción. El poeta ha recorrido las distintas etapas de su arte. Al principio, el soneto, que limita bien el campo y da una pauta inflexible. Luego las estrofas,

(1) Es de lamentar el poco esmero de la edición, hecha lejos del autor.